

García Salve: "Nuestra revolución será por las urnas"

FRANCISCO García Salve es un hombre alto, fornido, que habla tranquilo; lleva gafas, y viene a verme sin corbata ni chaqueta, con un pantalón vaquero. Lo mismo podría ser un cura moderno que un obrero cualquiera o un intelectual contestatario.

Nos conocimos hace años, cuando era cura-obrero y trabajaba de peón en la construcción. Asistió a una charla que di yo en la editorial obrera ZYX. Venía cansado por tantas horas de trabajo mixto de obrero y de clérigo, pero acudí con interés a la reunión. Entonces actuaba como cura en una parroquia; y trabajaba también en una obra de la avenida Perón, que realizaba Construcciones JOTSA; ayudaba además —por si esto fuera poco— a los jóvenes neoanarquistas cristianos de esa valiente editorial, mantenida por un grupo cristiano de obreros; la primera que —luchando contra viento y marea— publicó en pleno franquismo cosas casi increíbles: **Los monopolios en España**, de Ramón Tamames; **Marxismo y antimarxismo**, de Julián Besteiro; **El dogma de los hombres libres**, de Lamennais; **La vida de Bakunin**, y más tarde **La conquista del pan**, de Kropotkin.

La historia de García Salve es la de un tenaz batallador —nació hace cuarenta y cinco años en pleno Aragón, en la recia y dura tierra de los Monegros—, que siempre llevó dentro un fuerte impulso cristiano.

Estudió de niño en la escuela de Uncastillo —un pueblo cercano al pequeño poblado de Farlete, de donde procedía—, y luego en el barrio de Las Cortes, de Bilbao —una especie de barrio chino—, tras la muerte de su padre, guardia civil fusilado por los fautores de la revolución del comunismo libertario en octubre de 1934.

A los dieciocho años está con una beca —era chico idealista y listo— en los jesuitas de la ciudad del Nervión. Por eso le escogieron en la **Compañía de Jesús** para engrasar sus filas, y él aceptó hacerse novicio jesuita.

Antes de ser sacerdote —cuando estudiaba en la **Compañía**— empezó a escribir libros para la juventud, que pronto le hicieron popular. Hasta hoy ha publicado 40 libros de gran venta, y de los que escribió en otras épocas todavía considera válidos algunos como **Yoga para jóvenes** y **Hombre-lucha**.

—Y una vez terminados tus estu-

dios de jesuita y ordenado sacerdote, ¿qué hacías?

—Daba ejercicios espirituales para la juventud, escribía libros y artículos en revistas, hablaba por **Radio Popular** y **Radio Bilbao**, y escribía en la **Gaceta del Norte**.

—¿Cuáles eran tus lecturas preferidas entonces?

—Es muy difícil contestar a tu pregunta. Yo leía mucho, y trabajaba apostólicamente tanto o más que leía. Pero recuerdo la fuerte impresión que entonces me produjeron, sobre todo, Unamuno y Ortega. Por supuesto que en aquella época tenía mi cabeza llena de prejuicios contra el marxismo. Mantenía un anticomunismo infantil, el que me metieron en la cabeza los jesuitas con su postura tan inclinada a favorecer al capitalismo, adobándolo, por supuesto, convenientemente para hacerlo así más atractivo.

—¿Cuándo te diste plena cuenta de esto?

—En mil novecientos sesenta y cuatro escribí para la revista **Hechos y Dichos** un editorial muy realista sobre el desclasamiento que producía la **Compañía de Jesús** con los estudios de Formación Profesional, a la que tan dedicada estaba. El provincial de los jesuitas quiso que rectificase el artículo y yo me opuse, aunque me amenazaba con un traslado. Únicamente me presté a declarar que no pretendía hacer ningún ataque personal a nadie, sino sólo exponer la realidad educativa que yo veía. Ese fue el comienzo de mi fin en la **Compañía**. Poco después me trasladaron a Javier, en una especie de diplomático exilio, y más tarde, a San Sebastián, para no hacer nada y llevar una vida tranquila de pequeño burgués eclesiástico más propia de aquellos antiguos curas de "misa y olla" que de un inquieto cristiano. Quizá pensaron así —con esa cómoda vida burguesa que vivían los jesuitas de la bella Easo— tranquilizar mis ímpetus inconformistas. Pero no pudieron. Un día cogí mis bártulos y sin decir nada me vine tranquilamente a Madrid.

—Se ha dicho que la **Compañía de Jesús** te echó de sus filas, ¿es eso cierto?

—No. La **Compañía** no me echó; yo me fui por mi propia voluntad. Y me vine a Madrid sin tener ni siquiera un sitio donde dormir ni en

qué trabajar. Por eso, al llegar a la capital, lo primero que se me ocurrió fue ir al barrio extremo de Villamil, donde un grupo de jesuitas amigos tenían una residencia. El mismo donde ahora vivo en una chabola y donde mi novia, Isabel, es vicepresidente de la Asociación de Vecinos del barrio.

Enrique Miret Magdalena

—¿Cómo se te ocurrió publicar varios libros —cuatro si no recuerdo mal— sobre el yoga?

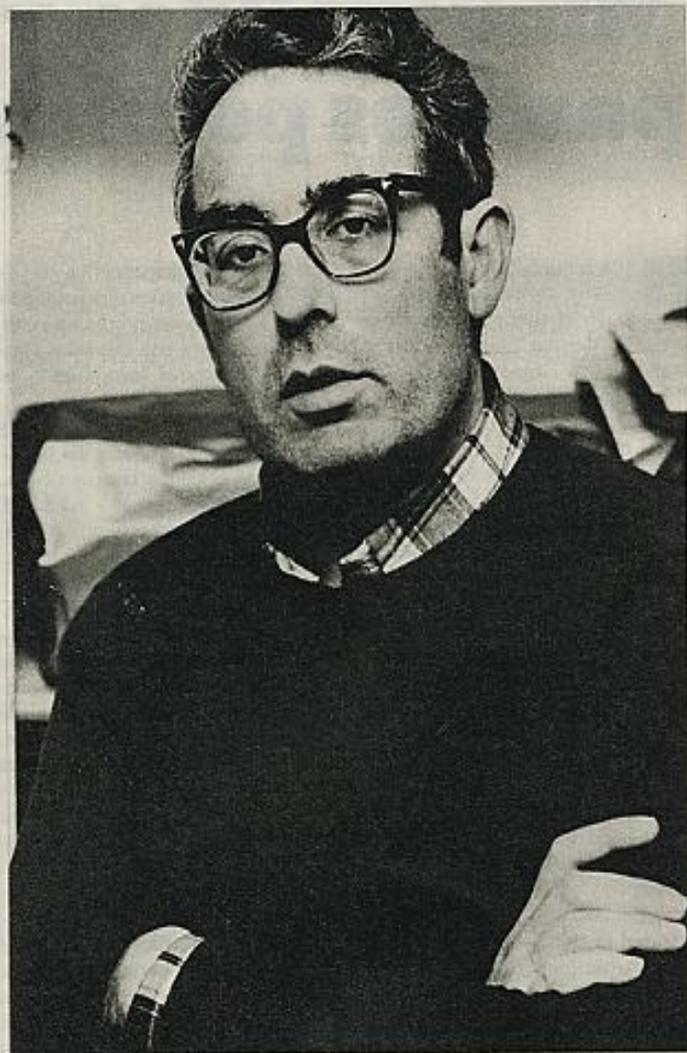
—Siendo todavía jesuita fui a París y allí conocí a un yogui que tenía un centro yoga. Allí —muy joven todavía— me interesé por sus ejercicios y me hice con los libros que tenían en ese centro oriental. En España había leído con gran interés el libro de A. Blay, "Hatha-Yoga", y con él surgió mi curiosi-

dad. Más tarde traté a varios jesuitas que estaban especializados en el yoga y observé cuidadosamente su técnica.

"Esa información que entonces adquirí me sirvió para formar una amplia biblioteca en Deusto —que es donde residía— y escribir allí otros dos libros, además del que he citado antes. Se llamaban: **Yoga para todos** y **Yoga para vivir en plenitud**. Ahora está a punto de salir uno titulado **Yoga para rejuvenecer**. Sin embargo, lo que yo aprendí entonces acerca del yoga está sustancialmente en el primero de mis libros sobre este tema.

—Cuando saliste de la **Compañía**, ¿qué género de vida hacías en Madrid?

—Quise ser un cura-obrero y dividía —como he dicho— mi vida entre el trabajo físico, la labor sacerdotal y el apostolado obrero. Era





La historia de García Salvo es la de un tenaz batallador que siempre llevó dentro un fuerte impulso cristiano.

entonces un "obrero" de orientación idealista. Pero al año entré en Comisiones Obreras y empecé a ver las cosas con mayor realismo.

"La lucha obrera requiere entusiasmo, sacrificio y llamar al pan pan y al vino, vino. Eso me llevó a la cárcel tres veces. Una estuve en la cárcel concordatoria de Zamora y dos en Carabanchel. La última con motivo del proceso mil uno, por el que me condenaron a seis años.

—¿Eras ya entonces marxista?

—No. Mi proceso ha sido lento y lleno de dificultades ideológicas. Yo estaba de corazón con el mundo obrero. Siempre desde niño había vivido en el mundo obrero, que tanto se despegaba del ambiente de la *Compañía de Jesús*. Por eso tuve siempre divergencias dentro de ella. Más tarde el contacto personal con militantes marxistas y la lectura y la reflexión me llevaron poco a poco a mi postura actual, en la que me siento tranquilo, como si hubiera llegado al punto que buscaba anhelosamente desde hace muchos años sin darme cuenta. La cárcel fue decisiva: en ella encontré a hombres maduros de verdad, como el asturiano Horacio Fernández Inguanzo, que insensiblemente me hicieron comprender el valor del marxismo inspirado en el pensamiento de Lenin. Porque

mi primer acercamiento comunista fue a Trotsky. Después, cuando leí a Lenin, es cuando vi las cosas con mayor realismo, como digo. Recuerdo las tardes sombrías en que leí entre rejas *¿Qué hacer?*, de Lenin; sus *Cartas* de mil novecientos veinte a mil novecientos veintidós, y algunos trozos de sus obras. Aquello me cambió definitivamente. Pero sólo me hice miembro del Partido Comunista en mayo pasado y ahora me han elegido para el Comité Central, entre sus ciento cuarenta miembros, unos pocos de ellos católicos.

—¿Qué recuerdos tienes de tus largos períodos de cárcel?

—No tengo resentimiento, porque —bien vistas las cosas— mi dura, durísima experiencia encerrado ha sido positiva humanamente, por contraposición precisamente a lo que he visto y vivido. He madurado y he conseguido lo que la *Compañía de Jesús* no supo darme: un realismo grande, un entusiasmo sin infantilismos idealistas y un ascetismo humano —por amor a los demás—, sin espectacularidades ni engreimientos. Se puede decir, como resumen de esta experiencia, que la cárcel es evidentemente un mal, pero en este caso mío se cumple el dicho "no hay mal que por bien no venga", y esto a pesar de

quienes cometieron conmigo y con los militantes obreros tan imperdonables injusticias pretendiendo doblegar nuestro empeño. Al final ha ocurrido lo contrario de lo que se proponían nuestros castigadores: en el pecado llevan la penitencia. Ahora ellos no pueden hacer sino pensar en el pasado y yo tengo abierto el porvenir con mis inquietos anhelos sociales.

—Cuéntanos algo de tu vida, sobre todo en la cárcel para sacerdotes de Zamora, que los obispos españoles consintieron, de modo que hoy parece increíble, y en donde sus sacerdotes fueron tan duramente castigados por el régimen franquista a causa de sus anhelos personales de transformación del país.

—Gracias a mi salud de hierro y a mi equilibrio mental puedo hoy contarlo. Tengo un estómago a prueba de bomba y un sueño que difícilmente despiertan las intempestivas luces que nos encendían siempre a medianoche para controlarnos. Vivíamos un puñado de seis sacerdotes —principalmente vascos— en un lugar que daba, por medio de una reja, a un patio, y en el que se nos hacía padecer una temperatura de seis grados bajo cero en invierno. Nos protegíamos con mantas que nos mandaban de

nuestras casas y nos hacíamos pasamontañas de artesanía que nos servían para resistir mejor el frío.

"Particularmente son duras las celdas de castigo. Yo estuve doscientos veintisiete días seguidos en una de ellas. Sólo teníamos ventilación por una pequeña abertura que hacía irrespirable el ambiente en invierno y sofocante de calor en verano. La comida era el rancho usual de patatas y tocino y nada podíamos recibir de nuestras casas. Siempre me acordaré de aquel agua de castañas de la mañana, del potaje a mediodía y del caldo tan poco sustancioso y huevo duro a la noche. Unas veces caliente y otras frío. Nuestras mantas eran insuficientes en la época fría, y el viento corría por la rendija de la puerta como un cuchillo en las interminables noches, a veces sin un camastro para dormir.

"Salir de allí e ir a una celda común parecía entrar en la gloria. Le pasaba a uno como con el experimento del agua templada: si mete uno la mano viniendo del agua fría, parece caliente, y si viene del agua caliente, parece fría.

"Sólo me mantenía allí con ánimo la idea de salir lo más pronto posible para seguir luchando por mi ideal obrero. Los días se hacían interminables encerrado entre cuatro paredes que se me venían encima al cabo de las largas horas del día. Contaba los días marcándolos en la pared, y menos mal que se veía la luz del día a través de los ladrillos de cristal que había en una pared. Toda mi meta era aguantar y nada más que aguantar. Para mantenerme mejor físicamente procuraba andar dando unos pasos en el poco espacio que había de pared a pared, haciendo además algunos ratos ejercicios de gimnasia agarrado a los barrotes de la reja que estaba ante la puerta, y otros, relajándome lo que podía al estilo yoga para tranquilizar así mi mente y superar la tensión física y psíquica que inevitablemente se produce en ese solitario, totalmente solitario, encierro.

"Cuando estaba con otros compañeros, psicológica y físicamente estaba mucho mejor. Algunas veces se tenían explosiones inesperadas de nervios por la tensión acumulada hora tras hora y día tras día.

"La obsesión de fugarse era grande. Pero de cada cien que lo intentaban, lo conseguía sólo uno.

—¿Estudiaste algo en la cárcel?

—Allí estudié *Derecho*, y hoy me faltan tres asignaturas nada más para hacerme abogado.

"Estoy en Comisiones Obreras, y a ello dedico mi tiempo. Doy, además, charlas a obreros y curas sobre los problemas sociales y sobre la doctrina o la organización comunista. No quiero ser un intelectual separado de la vida; quiero hacer algo activo, empleando mi inteligencia —eso sí— en ello.



Con satisfacción.

Tissot es el reloj que más satisface a más suizos. ¡Y los suizos no son fáciles de contentar en materia de relojes! Por su calidad a buen precio, Tissot da siempre satisfacción.



Con elegancia.

Con un Tissot, la mujer no pierde nunca su derecho a la estética, combinado con su derecho a la precisión. Líneas y colores armonizan elegantemente con la alta calidad suiza Tissot.



Con toda confianza.

Usted puede contar con que su Tissot no le dejará en la estacada si emprende alguna hazaña deportiva, por muy dura que sea la prueba a que lo someta. Es un reloj suizo hecho para que dure y garantizado en 153 países.



Con alegría.

Viviendo su tiempo con una sonrisa. Disfrutándolo cada segundo. Sacándole el máximo rendimiento a la vida y a su reloj Tissot.

TISSOT



*Z 46814 Tissot-Seastar
Automático, doble calendario
e impermeable.
Caja y brazalete de acero.*



*Z 39814 Tissot-Seastar
Automático, doble calendario
e impermeable.
Caja y brazalete de acero.*



*Z 46805 Tissot-Seastar
Automático, doble calendario
e impermeable.
Caja y brazalete de acero.*



*Z 38816 Tissot-Seastar
Automático, calendario
e impermeable.
Caja y brazalete de acero.*

**Cómo vivir
a la hora Tissot.**

García Salve:

—¿Cuál es tu postura en la Iglesia?

—Yo creía —cuando estaba en la **Compañía de Jesús**— que podía mejorarla, y lo mismo me ocurrió con la Iglesia en la época que actuaba sólo como cura-obrero. Era entonces una especie de rebelde piadoso, pero al estilo moderno ya.

—En la **Compañía**, el mayor defecto es su vinculación ancestral con el capitalismo —como le pasa a la Iglesia oficial—, pero he de reconocer que en aquella reinaba una gran libertad de acción, lo cual es, en mi opinión, una gran virtud de la Orden.

—Hoy creo que no hay que invertir tanto tiempo en esta lucha. Me siento cristiano, eso sí, y tengo el Evangelio como un gran inspirador de mi vida, pero no me hago ningún problema de los dogmas, por ejemplo. Creo, pero sin juridicimos religiosos que tienen poca importancia, y no hay que discutir y plantearse si le obligan a uno hasta aquí o hasta allí. Toda esa mezquinería teológica me parece superada. La fe es otra cosa más viva, más encarnada en la vida concreta, menos llena de esos bizantinismos intelectuales que nos metieron nuestros profesores de religión en la cabeza cuando éramos niños o jóvenes.

—Ahora me voy a casar y lo voy a hacer por la Iglesia, porque me siento unido a tantos católicos de buena fe que creen con sencillez en el Evangelio, a través de las costumbres católicas que aprendieron de jóvenes. Yo he vivido estas costumbres, y por eso no me siento desligado del espíritu con que las viví, aunque ahora doy mucha menos importancia a su aspecto exterior y muchas veces las critico y hasta las rechazo en ocasiones.

—¿Qué es para ti la palabra Dios?

—Como creyente que soy, Dios es importante en mi vida, pero no como un personaje por elevado que se le suponga, sino como algo desconocido, inefable, inaprensible, pero muy real y muy vivo. Esos atributos que se le han colgado a Dios son abstracciones que confunden el juicio y no nos acercan a Él.

—¿Cómo ves a nuestros obispos?

—Hay un grupo pequeño que es majo, yo les aprecio por su apertura; pero hoy por hoy no se puede pedir más. En el futuro, ¿quién sabe lo que veremos! Pero no olvidemos que la mayoría de nuestros obispos son franquistas de corazón, y el franquismo ha supuesto sobre todo la represión de la clase obrera y el aliado constante del capitalismo.

—¿Cómo ves el futuro del país?

—Con optimismo, pero de mo-

mento veremos algún estertor muy probablemente. Quizá haya un año de pataleo del "bunker" y del fascismo latente tras él. Sin embargo, la democracia está en marcha, se quiera o no se quiera, porque corresponde al deseo de la gran masa de españoles.

—Las características de esta democracia serán plurales. Habrá en la política del país un evidente pluralismo, y dentro de él la Democracia Cristiana tendrá un gran papel.

—¿Experiencias que has tenido en el Partido Comunista Español?

—Mi experiencia personal en el Partido Comunista es breve todavía. Pero he encontrado en él lo que esperaba y lo que pretendía: una lucha inteligente y realista en pro de la clase obrera.

—Su organización está cambiando mucho ahora para acoplarse a la nueva situación. Antes tuvo que moverse en la más total clandestinidad. Hoy, como empieza a ser tolerado, tiene que perder —y está perdiendo— esos "tics" de clandest-

cambio, otros antiguos militantes piensan lo contrario, y se escandalizan de esta opinión de Azcárate y de otros muchos. Cada cual puede enjuiciar los hechos concretos libremente. Y cada vez hay más antiestalinistas, que van contra todo dirigismo. Incluso se piensa que debemos respetar la democracia burguesa y formal, y dentro de ella intentar convencer por medios pacíficos, usando todos los medios de difusión que se utilizan en las democracias occidentales. Y además se llegará dentro de poco a que sea la base la que mande en los congresos y marque, por tanto, las orientaciones del partido, cosa que antes no era posible por la situación de clandestinidad en que nos encontrábamos: un congreso abierto y libre era imposible de convocar y de realizar entonces.

—¿Cuál es tu misión en el Partido Comunista?

—Soy asesor, por estar en el Comité Central, y me dedico, sobre todo, a Comisiones Obreras, así co-



Francisco García Salve interviene en una rueda de prensa de la delegada de CC. OO. de la construcción.

—Una imagen que quizá han producido una imagen falsa de él en muchos. Ese estilo de clandestinidad le hacía ser cauto y mantener un cierto halo de secreto para protegerse del peligro que le envolvía legalmente en los últimos cuarenta años. Del mismo modo se organizaba por pequeñas células de cinco a ocho personas, pero hoy están siendo sustituidas por asambleas de cincuenta personas o más, con libertad para participar en ellas también simpatizantes: es una organización abierta y no una cosa oculta.

—Por otro lado, he encontrado en el partido un deseo democrático sincero. Se pretende llegar al poder sólo cuando sea conseguido por medio de unas elecciones libres. Nuestra revolución es una revolución por las urnas y sólo por ellas.

—Incluso hay en él un pluralismo de opiniones. Azcárate mantiene, por ejemplo, que en la Unión Soviética hay un desierto cultural. En

mo a cursillos, conferencias, coloquios, etcétera, intentando difundir lo que sé, y vivo de mi ideología político-social. Varias veces me he reunido con curas jóvenes que querían saber lo que era el Partido Comunista para explicarles mis experiencias.

—Es éste un partido que tiene una importancia creciente. Hay ya ciento cincuenta mil afiliados, y dentro de poco —al ritmo que vamos— pasaremos a ser trescientos mil.

—La autocrítica se practica en todas nuestras reuniones y nos hemos acostumbrado a no ocultar nuestros defectos.

—¿Tiene algo que ver tu secularización con tu ingreso en el Partido Comunista?

—No, ni mucho menos. Ni siquiera el matrimonio. Porque todo comunista comprende muy bien el celibato. Son muchos los militantes que han tenido que sacrificar su relación con la mujer por estar pre-

—sos o perseguidos. Y su ideal las ha mantenido en una especie de celibato obligado por las circunstancias. Por eso piensan que un sacerdote puede también ser célibe si su labor se lo exige para una mayor entrega a la actividad espiritual. Allí cada uno con las exigencias íntimas que su labor le marque. Se puede ser sacerdote y a la vez casado o soltero, o simple demócrata o también comunista. De todo puede haber. En nuestro partido habrá por lo menos veinte sacerdotes que yo conozca, y dentro de poco voy a hacer un estudio del número exacto que tenemos.

—Yo, por mi vocación personal de entrega a la clase obrera, decidí hace año y medio secularizarme y construir un hogar que me metiera más de lleno en su ambiente y en su problemática, y poder luchar por ello más libremente y más encarnado en la realidad. Hoy ha llegado la hora de realizarlo, porque vivo una decepción profunda de la Iglesia oficial y ya casi nada me une a ella, aunque si me siento muy del Evangelio. Pero digo, y repito, que ser del Partido Comunista no tiene nada que ver ni con ser sacerdote y practicar el apostolado sacerdotal, ni con ser ateo: muchos militantes son ateos, pero cada vez hay más número de creyentes.

—Es preciso superar la oposición marxismo-cristianismo que todavía está en la mente de nuestros obispos y de algunos militantes antiguos del partido.

—¿Has leído las declaraciones de tu antiguo obispo, monseñor Palenzuela, al "Diario de Castilla"? Parece que no está muy conforme con la publicidad que has dado a tu caso.

—Un amigo me habló de ellas en reciente viaje a Logroño y ahora que tú me las das a leer puedo aclararte que me parece natural que el obispo sea reservado ante la prensa al hablar de mi caso. Las costumbres eclesíásticas al uso imponen este silencio al Obispado que tramita una secularización, y yo le agradezco a Palenzuela la delicadeza que tiene conmigo al no querer dar detalles de mi asunto. Sin duda, es a mí a quien me afecta principalmente, como él bien dice, porque es cosa propia de mi conciencia. Pero yo personalmente no me siento obligado a guardar silencio y creo tener derecho a hacerlo así al ser algo que es a mí a quien, para bien o para mal, corresponde decidir, y he creído conveniente —después de pensarlo bien— no ocultarlo ni hacer de ello un secreto. Pienso que debo hablar de mi secularización con naturalidad, y así lo he hecho desde que decidí su tramitación.

—Y, por supuesto, estoy seguro de que la Santa Sede no me negará esta petición cursada por el obispo, porque ahora no suele hacerlo, sobre todo en casos parecidos al mío. ■ E. M. M.